



CARTOGRAFÍA DE UN VIAJE

Antigua.
Tomada de www.joya.life

JULIA ESCOBAR VILLEGAS

*Creo en la vida bajo forma terrestre,
tangible, vagamente redonda,
menos esférica en sus polos,
por todas partes llena de horizontes*
Eugenio Montejo

¿Qué es todo eso tan dulce que tienen las ciudades queridas cuando uno está a punto de irse? Me preguntaba despidiéndome de Antigua, al término de una estadía de casi dos meses en Guatemala. Caminaba sin prisa, o más bien con el afán de disfrutar una última vez, de apreciar mejor, de no olvidar. Pero, ¿qué tan intensamente se puede vivir? Tal vez mucho más en el sueño, en la emoción de la víspera y en el recuerdo que en el instante preciso y fugitivo. En el momento de la partida, a la ternura que sentía por las calles empedradas que había recorrido durante esos días se le enfrentaba la advertencia de *Mural escrito por el viento* de Eugenio Montejo:

Adora a tu ciudad, pero no mucho tiempo, / olvida el tacto de sus piedras, / sé gentil a tu paso y prosigue de largo... Las ciudades se prometen al que llega / pero no aman a nadie... / Por eso el río pasa y no vuelve, / por

eso el árbol que crece a sus orillas /
elige siempre la madera más leve / y
termina de barco.

Había entonces que continuar el viaje, asumir con firmeza la condición de transeúnte, reponerse a la nostalgia anticipada de quien amó un lugar y no sabe, no puede saber si va a regresar.

Una contradicción semejante me había oprimido cuando una de mis profesoras, al contarle que primero viajaría a Guatemala, luego a México y, por fin, a Colombia, me reveló otra lectura de la frase “*there is no place like home*”, haciendo énfasis en la negación. En vez de afirmar que no hay ningún lugar como el hogar, cuestionó que hubiera tal lugar como eso que se llama hogar. Comprendí que se refería al desconcierto de un extranjero, ubicado entre dos o más mundos, el suyo y al que llega, donde al menos por un tiempo se asienta, arma una casa, aunque sea pequeña, y cultiva amistades, incluso un puñado o menos. ¿Qué es un hogar, es un lugar donde se nace, donde se transcurre la niñez o la adolescencia, donde se vive y se tiene una rutina o donde se añora volver? ¿Es, más bien, una sensación acogedora, una condición de cómodo recogimiento, privacidad y libertad? ¿Es una o varias personas, uno o varios paisajes, uno o varios espacios no fijos, sino creados cada vez, como el rincón de lectura, la calidez de una mesa o el cobijo para descansar? Lo escrito por el viento en el poema de Montejo es claro: los lugares no aman a nadie, ni siquiera la propia tierra natal —que puede, de repente, ser tan hostil—; si se ha de amarlos, en todo caso hay que saber pasar.

Para casi todos los estudiantes de la Universidad de Cincinnati, a quienes acompañé a Guatemala como profesora y líder asistente, era su primera experiencia como extranjeros. Ser extranjero no es siempre equivalente a ser turista. Millones y

millones de personas somos extranjeras en Estados Unidos, pero no somos turistas en las ciudades que habitamos. Sin embargo, en Guatemala, mis estudiantes y yo fuimos ambas cosas; ante todo, turistas. Si un extranjero puede sentir que tanto su mundo originario —del que ha partido— como su nuevo mundo —en el que se ha establecido— son su hogar, o dos formas distintas de eso que se llama hogar, ¿puede también un turista experimentarlo en un lugar donde está de paso? ¿Puede un turista, sin dejar de percibirse muy lejos de su patria, sentirse a la vez muy cercano a la tierra que visita?

En un primer plano, este viaje a Guatemala se define como turístico por realizarse fuera del entorno habitual, por ser breve y por estar motivado por el placer y la curiosidad. En un segundo plano, en este viaje confluyen turismo cultural y académico (para tomar un curso intensivo de español, un curso de actualidad latinoamericana y así, obtener créditos universitarios), turismo rural y social (para conocer comunidades no urbanas y participar como voluntarios en escuelas, hospitales y hogares geriátricos, así como en jornadas médicas y de construcción), turismo arqueológico (para explorar ruinas mayas como Iximché y Tikal), turismo de aventura (para escalar un volcán, como El Pacaya) y turismo ecológico (cercano a nuestra experiencia en San Juan La Laguna en el lago Atitlán o a nuestro recorrido por el Río Dulce).

Hoy en día, el turismo es una poderosa actividad, un interesante campo de estudio. La pregunta sobre cómo y por qué viajamos dice mucho sobre quiénes somos, qué pensamos del mundo y cómo nos relacionamos con este. Más allá de datos claves (¿cuántos millones de turistas internacionales por año? ¿Cuál ha sido la evolución de esta cifra en los últimos cien, cincuenta, veinticinco años? ¿Cuál es el porcentaje por continente y por país? ¿Cuántos turistas llegan a estos lugares

por día? ¿De qué nacionalidades son? ¿Qué países están en pleno *boom* turístico? ¿Cuáles son los medios de transporte usados y en qué porcentaje? ¿Cuáles son los motivos de viaje? ¿Adónde ir, siendo turista, para evitar a otros turistas?) y de datos curiosos (por ejemplo, algunas tendencias, como el turismo espacial, o bien, viajar por fuera de la Tierra; el turismo oscuro, que recorre lugares asociados con la muerte, el desastre y la violencia, como los que fueron campos de concentración o cámaras de tortura; o el *tourism of doom*, que busca contemplar —antes de que sea demasiado tarde— paisajes en peligro de extinción, como los glaciares de la Patagonia, la nieve del Kilimanjaro o la Gran Barrera de Coral) hay algo en los orígenes de la palabra *turista* que podría revelar otros aspectos de su acción.

Turismo y turista provienen del francés *tour*. Entre las numerosas acepciones de esta palabra, puede significar el límite de una cosa, de un cuerpo o de un lugar, o sea el borde, el contorno o la periferia. Por otro lado, denota un movimiento circular, un giro, como el de la Tierra alrededor de su eje. De ahí que exprese también dar una vuelta o emprender un viaje con el fin de regresar al punto de partida, al lugar de origen. Un turista es, entonces, alguien que sale de su centro y proyecta regresar, con el fin de transitar otros territorios. Su periplo, justamente, no solo tiende a ser circular, sino también a realizarse en el límite, en el margen de los sitios que visita.

A medida que el turismo se ha hecho más fuerte, las diferencias entre turista y viajero se han intensificado. Sobre todo, en lo que respecta a la calidad o profundidad de la experiencia de viaje. La figura estereotípica del turista, en la que destacan su obsesión por las fotografías, sobre todo las *selfies*; su itinerario previamente definido, colmado de paquetes de *tours* organizados por agencias de viajes; y su bolsa cargada de compras hechas

en tiendas de *souvenirs*, se ha convertido en una imagen más bien banal, en el símbolo de un viaje superficial. En este marco específico, los sitios más visitados del mundo, si no se transforman en una especie de *no-lugares* —término acuñado por el antropólogo francés Marc Augé para referirse a los puntos de paso como aeropuertos, estaciones o supermercados, donde se cruzan miles de individuos a diario—, al menos sí propician la experiencia de consumo, anonimato y desarraigo que les es inherente.

Por supuesto, los lugares no aman a nadie; somos nosotros quienes los amamos o quienes pasamos en ráfaga a través de ellos. Somos nosotros quienes, con intención o sin ella —si los hallamos por azar—, con interés cultivado, fascinación instantánea, inesperado tedio o habitual indiferencia, establecemos conexión con ellos. Incluso un aeropuerto, siendo solo un lugar de tránsito, es para alguien ese punto en las afueras de su ciudad natal donde soñaba en la infancia que un día partiría lejos, y que ahora es el espacio donde se reencuentra con su familia y donde también se despide de ella cada vez; o el caso de alguna estación de tren en otro continente, que es para alguien el sitio adonde sus abuelos siempre quisieron llegar, y que ahora siente que va en su lugar, cumpliéndoles un sueño. Precisamente, los viajes somos nosotros mismos, o bien, no se realizan sino de forma introspectiva. A eso se refiere Eugenio Montejo en *Mi país es un mapa antiguo*:

Nunca mintieron las líneas del cartógrafo / al copiarnos su sueño. / Es cierto que muchos cauces de estos ríos / eran imaginarios... / Pero fue exacta siempre la piedad / y el fulgor de los ojos asombrados / ante la luz de las palmeras... / ¿Qué otra verdad podemos reclamarles? / Esos mapas eran bellas cartas de amor, / tatuajes de navegantes...

Cualquiera que sea el tipo de relación que entable el turista con los lugares que visita, su viaje no deja de llevar el sello de la etimología de su propia palabra: una estampilla donde están inscritos centro y límite. El centro es el punto de partida, el origen, y adonde se aspira volver. El límite es, de una parte, la trayectoria que nunca es solo una línea recta, sino que siempre incluye al menos una curva, o sea el giro de regreso. De otra parte, es la orilla desde donde se observan los horizontes, el borde de los mundos que se rozan en el camino. En mi viaje, una imagen de esa situación fronteriza es la muñeca maya entre dos banderas —la guatemalteca y la colombiana—, que encontré al llegar a una de las habitaciones donde me hospedé. Además, yo venía de Ohio, acompañando a jóvenes estadounidenses en territorio latinoamericano, observando ese encuentro cultural muy de cerca, escuchando sus comentarios y reflexiones, advirtiendo su asombro y curiosidad, y dialogando con sus inquietudes.

Ahora bien, el ejemplo por excelencia es haber estado frente a majestuosas ruinas tanto mayas como coloniales, haber recorrido un país donde suena el español, al mismo tiempo de más de veinte lenguas mayas y otras como las xincas, en vía de extinción, y la garífuna, que escuchamos en Livingston, al borde del mar, una noche en que una impetuosa tormenta, con sus truenos y viento, no aplacó los tambores. Por lo demás, en Antigua, espléndida ciudad de cuatro colores (azul como el del lago Atitlán, rojo como el del pecho del quetzal, blanco como las nubes que suelen cubrir las cimas de los volcanes, y amarillo maíz), coexisten las casas coloniales —tan entrañables y misteriosas al mismo tiempo—, los turistas



LA MERCED, ANTIGUA.

de todos los rincones del planeta y las mujeres mayas, cuyas voces quisiera no olvidar, cuyas historias tejidas en sus huipiles tuve muy poco tiempo de aprender a leer.

Por doquier encontré estampas de estos mundos superpuestos que un turista, en su tránsito, a menudo solo alcanza a vislumbrar; de modo que, si lo cautivan mucho, solo puede tratar de alargar o intensificar el instante diciéndose “aquí estoy ahora, y esto es bello”, antes de tener que dar el próximo paso. Por ejemplo, en las ruinas mayas de Iximché. A causa de los incendios que los españoles produjeron en el sitio, solo quedan las fundaciones, vestigios sobre los que crecen la hierba y los árboles, a cuya sombra los turistas nos sentamos un momento. Igualmente, en Tikal —el lugar de las voces—, si se escalan los templos y se llega hasta su cima, puede verse cómo la selva ha cubierto la zona. Si bien falta mucho por descubrir de estos yacimientos arqueológicos, es probable que Tikal fuera abandonada a causa de sobrepoblación, tala de bosques y escasez de recursos. El rugido del jaguar que no es imposible tener ocasión de oír, ¿contendrá alguna advertencia para todos nosotros? Asimismo, en los recodos de Antigua, junto a antiquísimas ruinas coloniales sobreviven magníficos árboles centenarios; algunos verdes, otros floridos, de cuyas copas brotan los pájaros. Ojalá que el quetzal también permanezca, que su larga estela de plumas brillantes continúe su vuelo lento. Su presencia lejana y sigilosa desde los bosques húmedos acompañó todo mi viaje, y su imagen me basta para regresar, en mi memoria, al país verde jade, verde quetzal.

Como turista, anduve en el límite de muchos mundos en Guatemala: el del jaguar, el del quetzal, el maya, el garífuna, el colonial, el de otros turistas. Esa misma posición de quien observa un paisaje definió mi encuentro con los volcanes Agua, Acatenango y Fuego —emblemas del horizonte antigüeño— y con el Pacaya —el único que escalé, hasta cierta altura donde la niebla llega en oleadas súbitas, para divisar los arroyos de lava incandescente en la cima y para pisar la lava petrificada, *souvenirs* de lo profundo de la tierra— hasta que coincidí con la erupción del Volcán de Fuego el 3 de junio. Fue en ese momento cuando algo cambió en este viaje, cuando estar en el límite adquirió otro sentido: el de estar adyacente a una zona de peligro. Una lluvia de cenizas y pequeñas piedras había roto la ilusión de seguridad consustancial al viaje turístico. Antigua se había cubierto de lodo.

A pesar de las alarmantes noticias, de la incertidumbre de pisar un suelo que ya no se sentía firme, aunque se supiera de antemano que era inestable, que siempre lo había sido; de la conciencia de respirar, de repente, un aire enrarecido y malsano; y de la vía libre que nos fue dada para irnos de Guatemala antes de tiempo si así lo preferíamos, nadie tomó esta decisión. Antigua fue recuperando su brillo a la par que las consecuencias del desastre en las poblaciones aledañas empezaban a concretarse en cifras, innumerables historias e imágenes. Nuestra relación con el lugar se había vuelto distinta, más cercana. El viaje nos había sacudido íntimamente, nos había cuestionado y nos había dicho algo sobre nosotros mismos, alterando nuestra forma de sentirnos en la

Tierra y también la relación entre nosotros, y entre cada uno con muchos desconocidos más. Quizás un hogar no es tanto un domicilio como una sensación que puede surgir en cualquier parte y compartirse con extraños. Tal vez conserva el sentido muy antiguo de sentarse alrededor de un fuego para alimentarse y para descansar, pero también para protegerse del frío o del peligro, y para contarse historias.

Hay un bar en una esquina de las afueras de Antigua donde miles de turistas han escrito o dibujado algo en todas sus paredes, columnas, barras y sillas. Han sido tantos que no queda otra opción sino escribir sobre aquellos trazos si también se quiere dejar algo. Allí observé el cruce del camino de muchos, el rastro de su pasaje, apenas un poco más que su propia caligrafía. En muchos casos, tan solo la forma en que escriben su propio nombre. Allí, leyendo y descifrando los caracteres, quise, como Eugenio Montejó en su poema *Mudanzas*,

No ser nunca quien parte ni quien vuelve / sino algo entre los dos, / algo en el medio, / lo que la vida arranca y no es ausencia, / lo que entrega y no es sueño, / el relámpago que deja entre las manos / la grieta de una piedra. ■



Julia Escobar Villegas
Graduada en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Estudiante de doctorado, profesora de español y editora asistente de *Cincinnati Romance Review* en la Universidad de Cincinnati (*Department of Romance and Arabic Languages and Literatures*), en Estados Unidos.